

Agrotóxicos La base de un modelo insustentable

Uno de los pilares de la economía argentina en los últimos quince años ha sido el sector de los agronegocios, de la mano del avance del proceso de monoproducción de soja transgénica con uso masivo de agrotóxicos.

Se trata de la producción de un mismo producto en grandes extensiones, lo que permite altas economías de escala y jugosos beneficios para quienes los promueven. Esto conlleva a la necesidad de un uso intensivo de agrotóxicos para combatir las plagas que afectan la producción.

El éxito de este proceso vincula la gran demanda y los altos precios de los bienes agrícolas que exportamos, con el paquete tecnológico impuesto por la empresa Monsanto, que requiere la aplicación de su producto estrella, el Roundup (cuyo ingrediente principal es el glifosato), para eliminar las malezas y abaratar sustancialmente los costos de producción.

En la Argentina, la aprobación de la soja transgénica se realizó en 1996 con un trámite sumarísimo, sin evaluación previa del impacto que tendría, y sobre la base de informes de la propia empresa Monsanto. Desde entonces, la superficie sembrada con esta semilla se ha multiplicado varias veces, para representar más de la mitad de la superficie cultivable del país, y de la mano de esa expansión, se multiplicó mucho más el uso del glifosato.

Luego de años de aplicación irresponsable de este producto, ha quedado demostrado que sus efectos son dañinos y letales no sólo para las malezas, sino para todo vegetal que tenga vida excepto la soja transgénica. Y no sólo eso, sino que además se ha demostrado que ese agrotóxico afecta también a los animales y al ser humano.

Pero las consecuencias de este modelo promovido por las grandes corporaciones transnacionales son mucho más amplias, ya que no sólo afectan negativamente al ambiente y la vida, sino que generan procesos económicos y sociales donde se destruye soberanía alimentaria, las fuentes de trabajo y la diversidad productiva.

La búsqueda desenfrenada de ganancias que impulsa la sojización y la agricultura industrial, lleva a la tala indiscriminada de montes y bosques nativos, al desplazamiento o supresión de otras valiosas producciones (como la ganadería, tambo, fruticultura, horticultura, etc), y expulsa productores del campo que dejan de ser útiles y viables frente a este modelo concentrador de la producción y de la tierra.

En un período relativamente breve, nuestro país ha pasado a especializarse en producir poca variedad de productos en grandes extensiones, en especial alimento para ganado y para automóviles (como el biodiesel), que tiene como destino principal la exportación.

Con ello, además de perder la soberanía alimentaria, va perdiendo la capacidad productiva de su fértil suelo, contaminando tierra, aire y agua, y quedando cada vez más dependiente de la demanda externa y de las grandes corporaciones extranjeras que manejan el sector de los agronegocios, para sostener un proceso insustentable que no tiene futuro.

Ante el avance de este proceso insustentable y sin futuro, urge debatir y promover los caminos alternativos que, basados en la agroecología y la pequeña producción campesina, recuperen la diversidad productiva y la soberanía alimentaria, para lograr alimentos sanos para la población y mantener la integridad de los ecosistemas, en armonía con la naturaleza.